

A LA VUELTA DE LA ESQUINA

THEODORE ROETHKE TRAICIONADO

Hay poetas a los que reconocemos como modelos o como guías: los leemos y releemos y, en las conversaciones con los amigos, nos sirven de contrasena; hemos leído sus vidas, sabemos sus poemas de memoria y sin ellos no podríamos entender la literatura. Hay otros, en cambio, a los que nos acercamos alguna vez, hace tiempo, para sólo de cuando en cuando recordarlos. Los hemos olvidado pero una noche, en la deriva de la conversación y las lecturas, llevados por el azar de una palabra, abrimos uno de sus libros y misteriosamente nos reconocemos.

El norteamericano Theodore Roethke es para mí uno de esos poetas. No suelo recordarlo, no suelo hablar de él, sólo muy raramente lo releo y de vez en cuando descubro, sin embargo, que su espíritu allenta aquí y allá en mucho de lo poco que he escrito. No quiero dejar de saludar, por eso, la aparición de *Alabad basta el fin!*, la antología de poemas de Roethke traducida por Jorge Ayala Blanco que puso en circulación hace unos meses la Colección Molinos de Viento de la Universidad Autónoma Metropolitana.

Hay, sin embargo, algunas cosas que lamento. Leo con asombro en la solapa del libro, por ejemplo, que "Theodore Roethke no se quiere melodioso, ni siquiera musical en un sentido aceptado". Ignoro cómo se quería el poeta y si en algún lado escribió algo parecido a una declaración de intenciones, pero creo que sus poemas, para mí entrañables, pueden contarse entre los más musicales de la poesía norteamericana de nuestro siglo. Roethke, además, fue un poeta sin obsesiones vanguardistas y constantemente fascinado por los recursos y las formas tradicionales, a las que acudió con maestría y, a la vez, no sin ironía. Las rimas y aliteraciones que pueblan los tercetos y las canciones de sus libros, escritos con una métrica perfecta, no son

ni un anacronismo ni una impostura: son el aliento de un espíritu tocado por la gracia.

Pero en Roethke no sólo hay una técnica verbal admirable —la técnica no hace poetas—; hay un espíritu guiado por la simpatía y animado por el diálogo con las diversas presencias del mundo. En sus poemas los versos fluyen con tanta naturalidad como el agua entre las rocas, las rimas pasan con la levedad del paso de la serpiente, el mundo resuena como en las hojas de un árbol tocado por el viento.

SNAKE:

I saw a young snake glide
Out of the mottled shade
And hang, limp on a stone:
A thin mouth, and a tongue
Stayed, in the still air.

It turned; it drew away;
Its shadow bent in half;
It quickened, and was gone.

I felt my slow blood warm.
I longed to be that thing,
The pure, sensuous form.

And I may be, some time.

¿De dónde salen, entonces, las impresiones del solapista? De la traducción de Ayala Blanco, que traduce lo anterior de este modo:

CULEBRA

Vi a una joven culebra deslizarse
fuera de una penumbra jaspeada
y colgar, flexible, de una piedra:
un fino hocico, y una lengua
detenida en el aire inmóvil.

Giró; se estiró para escurrirse;
su sombra doblada por la mitad;
se apresuró, y partió

Sentí calentarse mi sangre lenta.

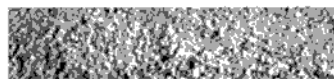
Anhelé ser una cosa
de forma tan pura y sensual.

Y puedo serlo, alguna vez.

Pero esto es de lo mejor del libro. Disculpemos la prosa renqueante y caofónica del prólogo de Ayala Blanco; aceptemos que traducir "My secretos cry aloud" como "Mis secretos gritonean" no indique más que falta de gusto; aceptemos también que traducir las tres sílabas de "Yet stays" en las diez de "Y sin embargo está detenido" no indique sino impericia; que entender "A steady storm of correspondences" como "Una tupida tormenta de circunstancias" suponga mera incultura poética; que escribir "Ciertos vientecillos emitieron / un gélido ruido" suponiendo que equivale a "Small winds made/A chilly noise" no signifique otra cosa que falta de oído. Aceptemos todo ello, y más: traducir es difícil y, en nuestro medio, es una tarea heroica. Pero es inaceptable que quiera pasar por traductor quien lee "The right thing" y entiende "Lo que es correcto"; quien lee "What shakes the eye but the invisible" y entiende "¿Qué sacude al ojo, pero al invisible?"; quien se encuentra con "Running from God's the longest race of all" y escribe "Corriendo desde el ojo de Dios la carrera más larga existente".

No hubiera estado de más que alguien revisara estas traducciones, corrigiera el prólogo y pusiera algunas notas. Tampoco hubiera estado de más una edición bilingüe, para defender al lector, o que aprovechara las traducciones de Alberto Girri, notablemente mejores. Jorge Ayala Blanco, que es crítico de cine, ha de haber aprendido inglés leyendo los subtítulos de Tira-mex.

A.A.



Armando Salas Portugal